

XI. INDICADORES SOCIALES, E INVESTIGACION SOCIAL

Por JOSÉ RAMÓN TORREGROSA PERIS

El proceso de investigación científica es una empresa colectiva, un quehacer en el que juegan tanto factores individuales específicos de los que a ella se dedican como los modos en que esos individuos se organizan e interrelacionan en contextos institucionales determinados. Pero, por supuesto, el contexto social de la ciencia social no termina en esto. En muchos casos, más de los que, quizá, sería de desear, los objetivos mismos del quehacer científico son propuestos, o impuestos, por instancias externas de los propios investigadores, con lo que uno de los presupuestos fundamentales de la actividad científica queda así sustancialmente mermado, a saber: el de la posibilidad no sólo de dar respuestas, sino de formular preguntas, el de plantear problemas. Esta autonomía real en la posibilidad de plantear una problemática científica desde el contexto mismo del quehacer científico es ciertamente un desiderátum difícilmente alcanzable. Pero no cabe duda que no se trata de alcanzar la perfección, sino de una cuestión de grado, de un grado que permita concebir el proceso de investigación, el quehacer científico, más como un proceso cooperativo, convergente por propósito, que por las consecuencias no intencionadas de quienes en él se ven implicados. Si es fundamental para el desarrollo científico la crítica, la puesta en tela de juicio de las hipótesis y teorías que aportan distintos investigadores, no lo es menos el apoyo y comprensión que necesitan para proseguir su labor de incrementar nuestro conocimiento a nuestras posibilidades de conocimiento de la realidad.

En este sentido, y por lo que atañe, pues, el contexto personal de quienes en este país se han ocupado del tema de los indicadores sociales, creo que no cabe sino agradecer el esfuerzo que han realizado por poner a disposición de otros investigadores un elenco de definiciones operativas que pueden ser útiles en investigaciones empíricas concretas. De los posibles reparos o críticas que a su aportación cabría hacer creo que resultan innecesarias, porque, en primer lugar, me consta que son ellos los primeros en ser conscientes de los mismos, y, en se-

gundo lugar, porque es claro que no se trata tanto de discutir, hoy por hoy, y en este contexto, la utilidad de tal o cual indicador concreto, sino el planteamiento general a que obedece su trabajo, y del que, a pesar de todo, es una respuesta positiva. Por otro lado, considero de todo punto necesario confesar que el tiempo y recursos que yo haya podido dedicar a esta problemática es insuficiente para ofrecer, junto con una crítica concreta, aportaciones complementarias, excepto, quizá, en lo referente a indicadores psicosociales.

Ahora bien, por lo que respecta al planteamiento general de los trabajos sobre *Un sistema de indicadores*, creo que rebase el contexto personal de los autores y que se trata, fundamentalmente, de un planteamiento proveniente de lo que pudiéramos llamar el contexto institucional y sociocultural de la investigación social. Un planteamiento que, aunque al canalizar recursos hacia las ciencias sociales, tiene como objetivo fomentar su desarrollo, es, en cierta medida, extracientífico, en el sentido de que no ha sido formulado por la propia comunidad de científicos. Ciertamente que del hecho de que unos determinados objetivos para la actividad científica provengan de ámbitos externos a la misma no se sigue que los objetivos sean anticientíficos. En definitiva, el científico se mueve dentro de una determinada sociedad y, quiéralo o no, su actividad viene condicionada—de un modo u otro—por las necesidades y requerimientos que la sociedad le plantea. Por otra parte, y como suele también afirmarse, citando la autoridad de Max Weber, la ciencia no se ocupa de los objetivos, sino de los medios racionales para lo más económicamente posible alcanzar esos objetivos. Pero, sin entrar ahora en esta cuestión, lo que sí debemos apuntar es que la fijación de objetivos al quehacer científico, en este caso científico social, desde ámbitos extracientíficos, puede no sólo prefigurar los medios con que el investigador puede dar respuesta al problema o problemas planteados, sino que está, a su vez, determinando los objetivos mismos, puesto que lo que ayer eran medios hoy se convierten en fines..., y así sucesivamente. No creo que este proceso en sí, en este caso, sea anticientífico. No es esa la cuestión. Se trata de apuntar que el ulterior desarrollo y perfil que la investigación social puede adoptar en esas secuencias puede tener consecuencias no previstas que más que potenciar el despliegue de una disciplina la encauce por unos derroteros quizá excesivamente rígidos y predeterminados.

Es en este sentido en el que quisiera hacer algunas obser-

vaciones generales sobre el intento de establecer un sistema de indicadores sociales. Conste que no se trata de poner en tela de juicio intenciones, sino más bien de reflexionar sobre posibles consecuencias que tal empresa, en nuestro contexto, puede reportar para el ulterior desarrollo de las ciencias sociales en nuestro país, sobre todo desde el punto de vista de las orientaciones teóricas y de los métodos de investigación.

II

Es, a mi juicio, importante reflexionar sobre esta problemática, porque parece existir al presupuesto epistemológico, en el intento de encontrar un sistema de indicadores sociales, de que los hechos sociales están ahí y que no hace falta más que disponer de instrumentos adecuados—indicadores—para descubrirlos. Si disponemos de buenos instrumentos, que reflejen de manera inmediata la realidad, podremos tener acceso a lo que pasa, e, incluso, cómo y por qué pasa. Se presupone que, fundamentalmente, los indicadores son «neutros» no sólo en el sentido axiológico, sino también teórico. Que su función es la de permitirnos una más completa y exacta aproximación a lo real; que los hechos, en definitiva, hablan por sí solos, y lo que, en definitiva, hay que hacer es describirlos y descubrirlos con instrumentos lo más válidos y fiables posibles. Pero yo no creo que esta correspondencia se produzca tan inmediata y nítidamente. Los indicadores, las definiciones operativas, responden a un esquema conceptual, a unos presupuestos teóricos más o menos explicitados, más o menos interconexos con una predefinición de la realidad. Esta vinculación con preconcepciones sobre lo que la realidad es, no es, por supuesto, un impedimento para su validez o utilidad, en principio. Más bien está a la base del comienzo de toda indagación. Ahora bien, en la medida en que estas interconexiones o correspondencias no se hacen explícitas, no son conscientemente asumidas, creo que pueden reforzar dos fenómenos que considero negativos para el progreso de una ciencia: por un lado, la posible infiltración en el proceso de describir la realidad—es la función de los indicadores—de concepciones o presupuestos no científicamente científicos, es decir, de hipótesis y teorías que no son formuladas desde la teoría sociológica misma. En este sentido, los indicadores no sólo descubren lo que es la realidad social, sino también, y en gran medida, una preconcepción de lo que la reali-

~~dad social es. Quiero insistir en que esto, por supuesto, no es obsecuio para su valor científico. Pero creo que conviene poner el énfasis en este punto para no circunscribir demasiado la amplitud de los hechos sociológicamente relevantes y que los hechos a los que nos introducen los indicadores se convierten en los hechos sociales sin más, sobre los que únicamente quepa montar los intentos de explicación, puesto que estamos ante una realidad objetiva y empíricamente constatada. Estos hechos no son sólo la realidad, sino una realidad mediatizada. Estas mediatizaciones conviene, pues, explicitarlas al máximo, tanto las que suponen una orientación teórico-científica determinada como las de orden axiológico. Los indicadores no sólo van a permitir un mayor conocimiento de la realidad social, una posibilidad de estructuración cognoscitiva de la realidad a posteriori, sino que, a priori, suponen ya una estructuración de la misma.~~

~~De esto se desprende que la construcción de un sistema de indicadores es la codificación de un repertorio conceptual en su nivel operativo, y, en ese sentido, supone una codificación de lo que queremos conocer y cómo queremos conocerlo. Independientemente de los problemas metodológico-técnicos que supone el llegar a ese conocimiento a través del proceso de investigación, la codificación conceptual-operativa, a priori, presupone unos criterios, valores y objetivos a los que, a mi juicio, debería haberse dedicado mayor atención. Como toda percepción y conocimiento son selectivos, no se trata tanto de negar validez a lo que, necesariamente, es selectivo por naturaleza, sino de justificar esa selectividad, a ser posible, teóricamente. No cabe duda de que en el caso de muchos indicadores concretos esa justificación va implícita por las conexiones empíricas con otros indicadores, o por las conexiones especificadas con conceptos teóricos. Pero, en muchos casos, esto no aparece tan claro. Es indudable que incluso entonces esa selección puede deberse a las específicas preferencias del investigador, o a otra serie de razones totalmente legítimas y comprensibles. Ahora bien, el problema se plantea, a mi juicio, cuando esos indicadores van clasificados con la pretensión de constituir y construir una imagen de la realidad social en su totalidad, que puede convertirse en la realidad social. Esa pretensión de totalidad se desprende tanto de la expresión sistema como de la amplitud de los distintos campos que son tratados por los autores de los tres estudios. Ahora bien, debo añadir que no creo que esta pretensión sea una intención de los autores en particular, ni de la Fundación F. O. E. S. S. A., sino una consecuencia derivada de la~~

interacción entre el planteamiento general del problema y el contexto sociocultural específico en que vivimos.

En segundo lugar, el establecimiento de un conjunto de indicadores como punto de partida puede reforzar todavía más la ya excesiva segmentación entre la investigación empírica y la teoría sociológicas. Lo anterior se refuerza si tenemos en cuenta que la medición y la cuantificación, en general, confieren de por sí un carácter de científico a lo que pudiera ser simplemente algo banal. La medición, la cuantificación de los fenómenos sociales son consideradas como criterios distintivos entre lo que es ciencia y lo que no lo es; todo lo que no aparece con datos cuantificados se considera como mera especulación. Esta perspectiva parece asumir que, una vez que hemos simbolizado nuestros datos con números, nuestro conocimiento de la realidad social es ya más preciso, más válido, más fiable, más fecundo. Pero esto es un supuesto que, hoy por hoy, me parece en gran medida desproporcionado para el estado actual de las ciencias sociales en general. Pero debo añadir, inmediatamente, que existe igualmente un rechazo de la cuantificación en ciertas perspectivas que considero igualmente injustificado y retardatorio del progreso de las ciencias sociales. Cantidad y cualidad no son dimensiones excluyentes, sino que intersuponen. Ambas se producen en el proceso de todo conocimiento científico, incluido, por supuesto, el que se considera menos cuantitativo. Lo que quiero destacar, sin embargo, es que, tanto una radicalización en un sentido como en otro, pueden encorsetar rigidamente el ulterior desarrollo de las ciencias sociales, canalizar prematuramente las vías de acceso al conocimiento y explicación de los fenómenos sociales, cuando pretenden ser módulos exclusivos de aproximación a la realidad social. En este sentido no sólo se escinden y aíslan diversas perspectivas u orientaciones dentro de las ciencias sociales, sino que, dentro de una misma orientación sociológica, la teoría va por un lado y la investigación empírica por otro. Ciertamente que éste es uno de los riesgos que se pueden y, en cierta medida, deben, correr en la empresa colectiva que es el quehacer científico. Hay momentos en que aparece como necesaria una mayor dedicación a las elaboraciones teóricas y otros en que se percibe como necesaria una mayor acumulación de datos. Ciertamente que el ideal sería un intento de acompasar ambos esfuerzos. Creo que, actualmente en nuestro país, deberíamos intentar que los esfuerzos por acumular más y mejores datos fuesen acompañados por esfuerzos paralelos de reflexión teórica. De lo contra-

rio, corremos el riesgo de seguir acumulando datos, y de que se conviertan en hechos interpretados por otros esquemas conceptuales ajenos a la empresa intelectual de nuestra disciplina.

III

En este sentido resulta prematuro, en mi opinión, pretender desarrollar un *sistema* de indicadores sociales. Presupone este intento una concepción excesivamente estática tanto de la realidad a estudiar como del proceso por el que se llega a la determinación de los instrumentos para estudiarla. En nuestro contexto, podría constituir una prematura cristalización conceptual-operativa para describir y explicar los distintos aspectos de la realidad social. En la medida en que se produzca esta cristalización es improbable que se aliente la exploración e indagación de otros ámbitos y procesos de la realidad social no fácilmente descriptibles con el sistema conceptual-operativo prevalente.

El planteamiento me parece prematuro por lo siguiente:

a) La utilidad de los indicadores tiene que verificarse en el contexto de la investigación social misma. Su validez y finalidad es algo que no creo pueda determinarse, sino aparecer como un resultado sustantivo más de investigaciones sociológicas concretas.

b) Lo anterior implica que el intento de establecimiento de un sistema de indicadores sociales supone un desarrollo considerable en cada disciplina especializada de las ciencias sociales. Creo que, hoy por hoy, no es este, desgraciadamente, el caso de nuestro país. Probablemente hubiese sido más fecundo una escalonada división del trabajo, concentrando la atención en áreas específicas de la realidad social.

En cualquier caso, es probable que quizá me haya detenido demasiado en observaciones críticas o pesimistas. Lo he hecho desde el supuesto básico de que los tres estudios sobre indicadores sociales constituyen una aportación sustancial y potenciadora de las ciencias sociales en nuestro país. Más que críticas, y críticas de críticas, probablemente lo que procede es verificar en el plano de la investigación sustantiva las aportaciones de los tres estudios. En este proceso no sólo se ampliará, continuará o modificará la labor codificadora de los tres autores, sino que ampliaremos y empujaremos hacia adelante el proceso de la investigación social, que es, en definitiva, lo que importa.